

LA CASCABEL



Núm. 8.º EPOCA TERCERA AÑO I.



Quando le llevan un pleito,
 aunque esté casi perdido,
 hunde á la parte contraria...
 y arruina á su defendido.

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).
 Cavia (D. Mariano de).
 Jackson Veyan (D. José).
 López Silva (D. José).
 Palacio (D. Eduardo de).
 París (D. Luis).

Paso (D. Manuel).
 Pérez Zúñiga (D. Juan).
 Sierra (D. Eusebio).
 Taboada (D. Luis).
 Torromé (D. Rafael).
 Yráyoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).
 Cilla (D. Ramón).
 Escaler (D. Ramón).

González (D. Melitón).
 Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (*Mecachis*).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



Las rosquillas de Fuenlabrada poseen una innegable superioridad sobre San Isidro Labrador.

El Santo tiene una octava, como todos los demás santos; es decir, que disfruta de los altos privilegios de la actualidad, durante ocho días.

Las rosquillas, en cambio, son de actualidad perpetua. Como Dios, no tienen principio ni fin.

¿Quién se atreve á empezarlas? ¿Quién puede concluir las?

Ahí están al alcance de todas las fortunas, aunque no al alcance de todas las inteligencias.

Cualquiera puede comprarlas. Pocos pueden comprenderlas.

Las rosquillas de Fuenlabrada, como el pan ázimo, y el pan bendito, y el pan de los fuertes, son eminentemente simbólicas.

Descubríos ante ellas, cuando vayáis al Santo, y... guardaos bien de hincarles el diente. No por temor á su paleolítica dureza, sino por respeto á su sagrada significación.

Sí. Su significación es sagrada, porque simbolizan y representan lo que hay más venerando en esta tierra de los garbanzos, los toros y el entrés por un punto: la Tradición y la Rutina.

¡Oh santa Rutina! ¡Oh santa Tradición! Yo no os venero, ni os rindo culto, ni os tributo homenaje y pleitesía, porque soy un pícaro heterodoxo en materias rutinarias y tradicionales; pero protesto en vuestro santo nombre contra todo el que, teniéndose por español puro, neto y á machamartillo, no proclame la superioridad de las rosquillas de Fuenlabrada sobre los mejores *marrons glacés* que vienen de París, y no se quite el sombrero ante la «golosina» que ha hecho famoso el nombre de la tía Javiera.

La mayor parte de las cosas que aquí privan y reinan, en las costumbres, en las ideas, en las instituciones, y hasta en las que por pura convención llamamos solemne-

mente «fundamentos del orden social», no son sino rosquillas de Fuenlabrada, productos de una fórmula arqueológica, indigesta, inútil y rudimentaria.

Si no supiera que habéis leído las *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, por Max Nordau, yo os diría que las leyéseis... Desde la mentira religiosa hasta la mentira monárquica; desde la mentira política hasta la mentira económica, hallaréis que el mundo, con todos sus anhelos de progreso, toda su sed de reformas, todo su hastío de lo rancio y lo vetusto, no es más que un vasto mercado en donde ocupan los mayores y mejores puestos las rosquillas de Fuenlabrada.

Habréis ido al Santo, si es que habéis ido (aunque me figuro que sí, porque al fin y al cabo, *un día es un día*) y como seguramente presumís de escépticos ú os picáis de refinados, os habréis sonreído ante los «versos» de la fuente milagrosa y ante los rótulos de los puestos de rosquillas; pero luego, vueltos desde la Pradera á la corte, ¡qué de humildes saludos, y de respetuosísimos sombrerazos, ante cosas y personas que son en la vida social lo que aquéllas en el orden gastronómico!

¿Vale señalar?

No; porque hemos convenido en que el apuntar á las gentes con el dedo es casi, casi tan descortés como el apuntarles con el fusil.

Además, no hay para qué ahondar y subrayar, tratando con lectores inteligentes y discretos.

Glissez, mortels, n'appuyez pas...

¿No es bastante haber indicado, al nombrar á Nordau, el medio seguro para dar con la clave?

No hay tampoco para qué entrar en alambicadas comparaciones, ni en razonamientos que se quiebran de puro sutiles.

—¿Qué piden esas gentes?—decía la mujer de Luis XVI.

—Señora, piden pan, y no lo hay.

—Pues que coman bizcocho.

En vano será que pidáis pan del día, tierno, sano y confortante, si tomáis por lo serio las grandes reivindicaciones modernas... Los guardadores de la fórmula tradicional, sacramental, hierática é inmutable de la tía Javiera os convencerán, invocando el respeto que se debe á lo estatuido y constituído desde lengua fecha, de que es forzoso contentarse con las venerandas rosquillas de Fuenlabrada.

Para comprender con certeza su eficacia, no tenéis que hacer sino fijaros en los que se disputan la receta auténtica de su elaboración.

En la ciencia, en la fe, en el arte, en el gobierno, ¡ca-

da cual pretende ser el verdadero sobrino de la tía Javiera!

Nó faltarán follones, malandrines y *cautivas criaturas* que intentarán persuadirnos de que á la tía Javiera se la llevó Dios y su auténtica receta se la llevó el demonio (ó viceversa); pero hay señales infalibles para conocer las legítimas rosquillas de Fuenlabrada.

Buscad las más vetustas, las más ásperas, las más caras; las que son *intragables*, como rueda de molino; las que son *inabordables*, como objeto sagrado.

CARNAVAL

—Postrado en una cama, náda güena, casi mortuorio,

er que jué flór y nata de Mairena,

er flamenco más fino

y autoría pa tratos la más arta

en caso de equivocos ú de farta

en venta de cabayo ú de poyino,

er Tío Corbina, en fin, yase. A su vera

su desgrena y sensible compañera,

que jué tiempos atrás, cuando Dios quiso,

una espedie de hurín der Paraiso,

manque parezca á uno de imposible,

que no haya sido siempre deshorrible,

y ora por su marío

ya esqueleto ú cadávre aún no perdío.

Es costumbre entre gente cañi pura

observar al pasiente asiduamente,

pa ver si es que er pasiente

conserva bien segura

la razón y conose á argún pariente.

«Porque mientras conserve conosensia,

disen eyos, no hay caso é najensia».

Asín era que Rosa,

la más honesta y más amante esposa,

sin cesar repetía:

—¿Corbina, me conoses, vida mía?

—Sí, síelo con tormenta—

respondía er jitano á su parienta;—

tú eres mi María Rosá, que me quieres,

la más fea entre toas las mujeres.

—¡Ay! arrastrao te veas.

—Mejor, que asín me libraré de feas.

¡SIN PAÑUELO!

—Pues, sí señor—decía D. Mauregato á sus amigos, que se hallaban sentados ante una mesa del café de Zaragoza.—Todas mis desgracias provienen de la falta de pañuelo.

Así, cuando las veáis el año que viene en los puestos de la romería de San Isidro, no debéis contemplarlas con desdén, sino saludarlas con respeto.

¡Son un símbolo!

Y en verdad os digo que nada hay tan respetable como un símbolo en donde un palo, que llamamos centro, y un cayado, que llamamos báculo, obligan á los respetos más profundos y á la veneración más alta.

MARIANO DE CÁVIA.

Formaban en el patio las vesinas

corriyos misteriosos,

y hablaban en voz baja las endinas

y entraban en la alcoba,

pa jaser compañía á los esposos,

y á eya le daban coba

pa que saliera ar patio y respirara.

Y arrimando la cara

preguntaban muy bajo ar Tío Corbina:

—¿Me conososté á mí?

—Sí, la vesina.

—¿Y á mí?

—La Rosarito;

er primer penco que hay en er distrito.

Eyo era que ni el hombre descansaba

ni podía vivir con las visita.

De tiempo en tiempo su compare entraba

y seguía también con la *cobita*.

—¿Me conososté á mí?

—¡Jesú, mi mare!

Ya lo creo.

—¿Quién soy?

—Pus mi compare,

una bota é bebía.

Pero por su salú de usté y la mía

dígame, compare ¿cómo estamos?

es ahora er Carnaval, gú qué sucede?

—(¡Deliria! ¡malo!) ¿Carnaval? Sí, puede.

—Porque ya estoy cargao de tantas voses

que me preguntan: ¿Díme, me conoses?

EDUARDO DE PALACIO.

—Hombre, debe de ser interesante la historia—interrumpió uno de los del corro.

—Que la cuente—agregó un tercero.

D. Mauregato se enjugó una lágrima que rodaba silenciosa por su mejilla. Después, con acento fúnebre, comenzó así su relación:

—¿Ven Vds. esta levita raída y este sombrero que

parece una breva madura? Pues hasta hace poco tiempo era yo un hombre elegante. Asociado á un rico industrial, íbamos á emprender la explotación de un negocio pingüe; pero ¡el maldito pañuelo!... Figúrense Vds. que á mí se me había ocurrido una idea maravillosa: la de hacer comestibles con los volátiles de alcoba.

—¡Qué atrocidad!

—Eso mismo había dicho mi socio cuando fui á proponerle la nueva industria; pero pronto se convenció de que mi plan era excelente. Hay una porción de animalitos muy sabrosos. Empezando por ese mosquito que zumba y levanta ronchas, casi todos los volátiles tienen propiedades alimenticias de primer orden; todo consiste en cebarlos previamente. Pues bien: yo me proponía establecer grandes criaderos de mosquitos, que venderíamos después en los mercados á buenos precios; lo principal era llevar al público el convencimiento de que en la naturaleza todo es comestible.

—¿Todo?—preguntó uno de los oyentes.

—Todo. Yo me he comido en cierta ocasión un saltamontes y puedo asegurar á Vds. que sabe á queso de Villalón. Pero continuó: mi capitalista, hombre de gran cabeza para los negocios y en extremo aficionado á las industrias nuevas y originales, comenzó á fijar su atención en mis proyectos, y una noche, después de estrecharme la mano con efusión, me dijo:

—Mauregato, esta tarde, mientras dormía la siesta, me tragué un mosquito.

—¿Y bien?

—Tiene un sabor muy agradable, y eso que estaba flaco. Cebemos mosquitos y nuestra nueva industria será una verdadera mina.

Yo me arrojé en brazos de D. Aquilino, que así se llamaba el capitalista.

—¡Qué gran hombre es V., amigo Mauregato!—me decía, cogiéndome la cabeza entre sus manos y acercándola al quinqué para verla mejor.

—Gracias, gracias—contestaba yo, rebotando modestia.

Desde aquel día me dediqué á la caza de mosquitos. ¡Qué noches pasaba! Tendido en el lecho cerraba los ojos para que los animalitos se figurasen que me había quedado dormido, y cuando se posaban en mi rostro entonando su canción favorita, ¡rés! sacudía una bofetada y conseguía aprisionarlos. Ya en mi poder procuraba reanimar las fuerzas que habían perdido con el golpe, y los encerraba después cuidadosamente en una caja de cristal, donde les proporcionaba alimento abundante y sano.

Al cabo de un mes, la caja contenía algunos cientos de mosquitos que yo pensaba destinar á muestrario. Después, entre mi socio y yo, inventaríamos una máquina para cazarlos sin necesidad de bofetadas.

D. Aquilino tenía una hija encantadora. Permítanme Vds. que al llegar aquí lance un suspiro... ¡Ay!... ¡Se llamaba Eudora!

—Bonito nombre—dijo uno de los oyentes.

Le tengo grabado en mi memoria y en mi corazón. Pues bien: Eudora ejercía sobre su padre un dominio

superior á todo encarecimiento. Eudora, á quien don Aquilino iniciaba en todos sus negocios; Eudora, la rica heredera, me había expresado su amor por medio de sus ojos celestiales.

Los amigos de D. Mauregato se echaron á reír.

—No se rían Vds.—dijo éste manifestando profunda pena.—Yo hasta hace poco tiempo poseía un físico muy agraciado, aunque me esté mal el decirlo, pero el maldito pañuelo...

—Adelante.

—Continúo. Eudora tenía dos grandes antojos, llamémosles más bien, debilidades: adoraba los merengues y la ropa blanca. Todas las noches la llevaba un cucurucho de merengues. Ha habido noche en que se comió once.

—¡Ave María Purísima!

—¡Pobrecilla! Debe de tener acaramelado el tubo digestivo. Pero no fué esto lo peor. A D. Aquilino no le parecían mal mis pretensiones amorosas; antes bien, me animaba diciéndome: «Ella es dueña de elegir el esposo que más le agrada; V. tiene una gran originalidad para los negocios. Adelante con la chica y con los mosquitos.»

Nuestras relaciones iban viento en popa, y al fin quedó fijada la fecha del casamiento.

—Lo primero que debes hacer, Mauregatito de mi corazón—me dijo un día Eudora—es tomar una casa céntrica y elegante. El casado, casa quiere; nosotros viviremos solos; no quiero someterte al dominio de un suegro.

Oír esto, coger mis ahorros y dirigirme á casa de un mueblista, fué todo obra de un momento. Además, conociendo la pasión de Eudora por la ropa blanca, la dije cariñosamente:

—Tendrás cuanto puedas apetecer en el ramo de lencería. Quiero ser yo quien aporte al matrimonio este importante artículo.

Y compré sábanas, manteles, servilletas, colchas, toallas, calzoncillos, camisas... Un verdadero océano de tela.

Jamás había visto tanta ropa blanca reunida, porque he de confesar á Vds. que ni aun en la época de mayor desahogo he tenido más que dos camisas, una puesta y otra... en el río. Con decir á Vds. que no he usado nunca pañuelo...

—¡Qué cosa más rara!

—Es una costumbre que adquirí desde la cuna. Cuando era pequeñito mi mamá me limpiaba unas veces con un periódico y otras veces con un tapete. ¡Ay! de ahí viene mi desventura... Cierta tarde de verano, Eudora y su padre fueron á conocer el domicilio alquilado por mí. Entonces ocurrió la desgracia más grande de toda mi vida.

Los amigos de Mauregato abrieron los ojos.

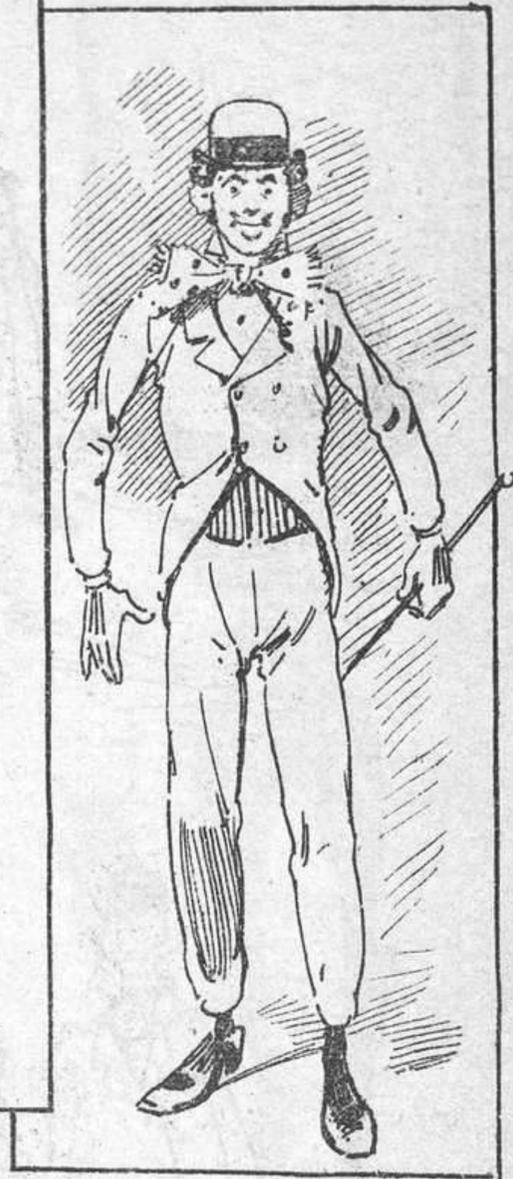
—De pronto Eudora estornudó. ¡Qué detalle más horrible! «Me han robado el pañuelo»—dijo mi amada registrándose el bolsillo.—«Y á mí también»—exclamó mi futuro suegro.—«Mauregatito, dame el tuyo»—siguió diciendo Eudora.

¡El mío! ¡Y yo no he gastado nunca pañuelo! Fingí

RECUERDOS DEL SANTO



Los chicos amables que acompañan y obsequian á los forasteros.



Vino expresamente de Co-
ria á destrozár corazones.



«Hermosísima paloma
privada de libertad.»

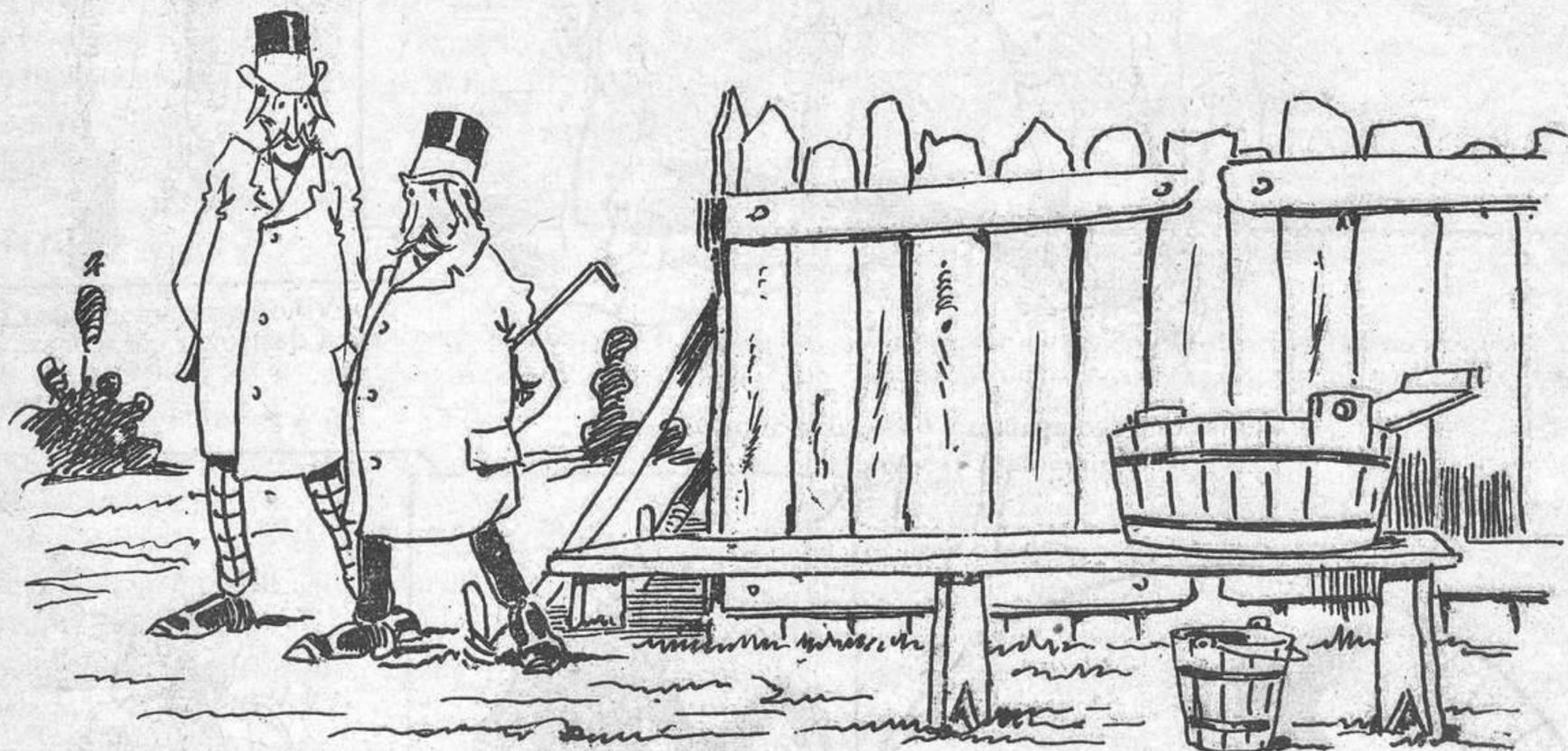
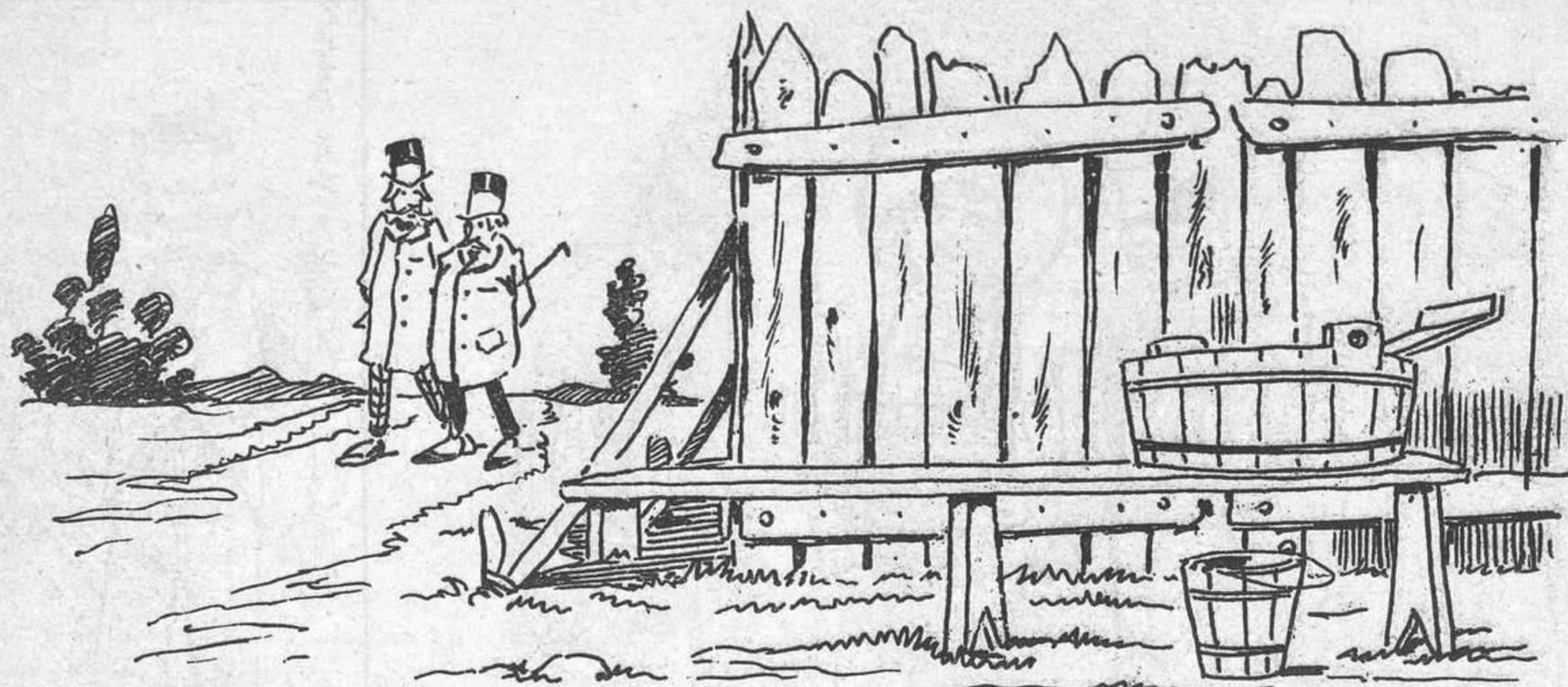


El alna del Santo.



La autoridad, que estuvo por
doquier.

HISTORIA MUDA, por Mecachis.



RECORTES TAURINOS



—Supongamos que... tu despacho es la plaza, tú el toro, yo el diestro y el cuarto de tu mujer la barrera. Si yo tomo las tablas, ¿qué harás tú?
 —Pues darte un estacazo que te deslomo.



Viva siempre la gracia de los toreros, vivan sus *cuerpesiyos* resandungueros...

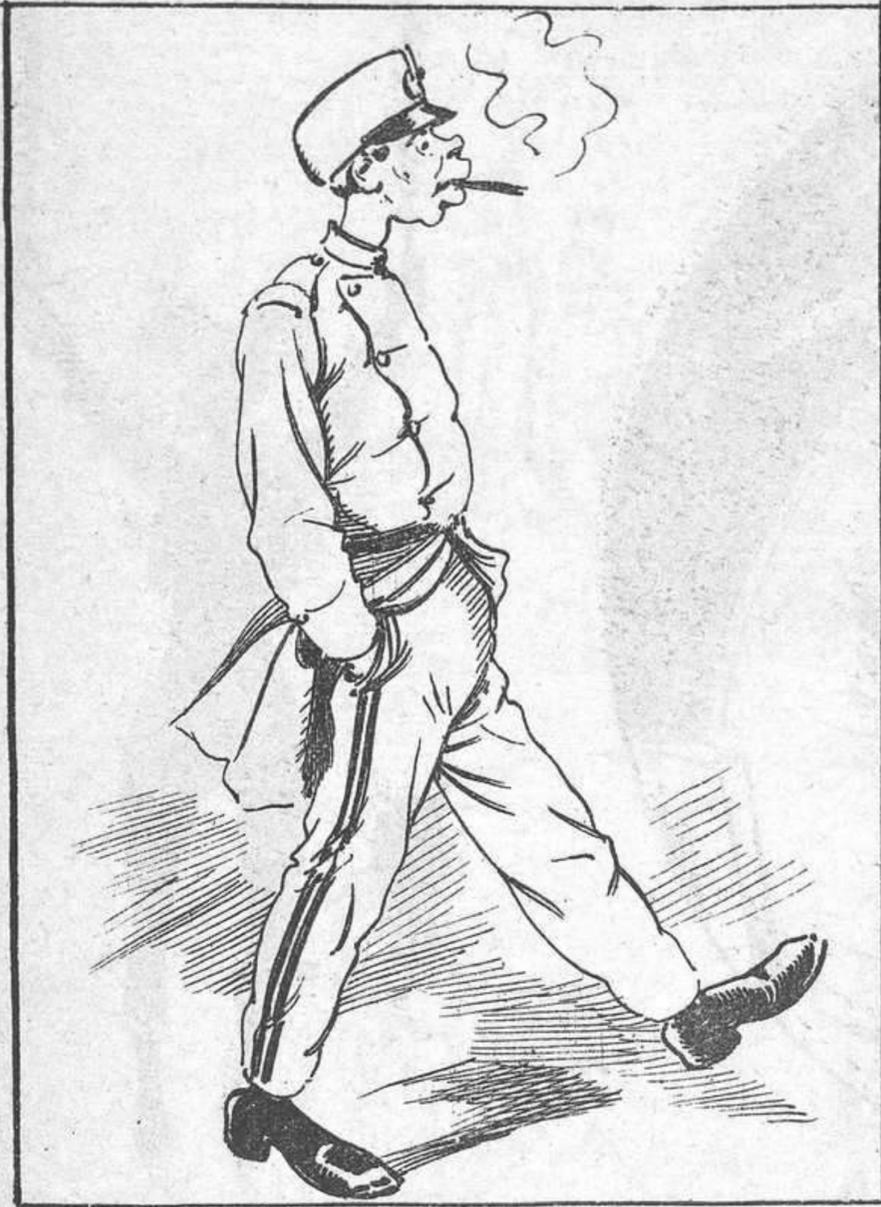


—¿Y sabes tú por qué no nos *azmiten* los señoritos en el gran mundo?
 —¡Digol! Porque en cuanto nos ven las duquesas se *quean manizás*.



Lo que él dice: alguno con menos méritos tendrá el título de perito agrimensor.

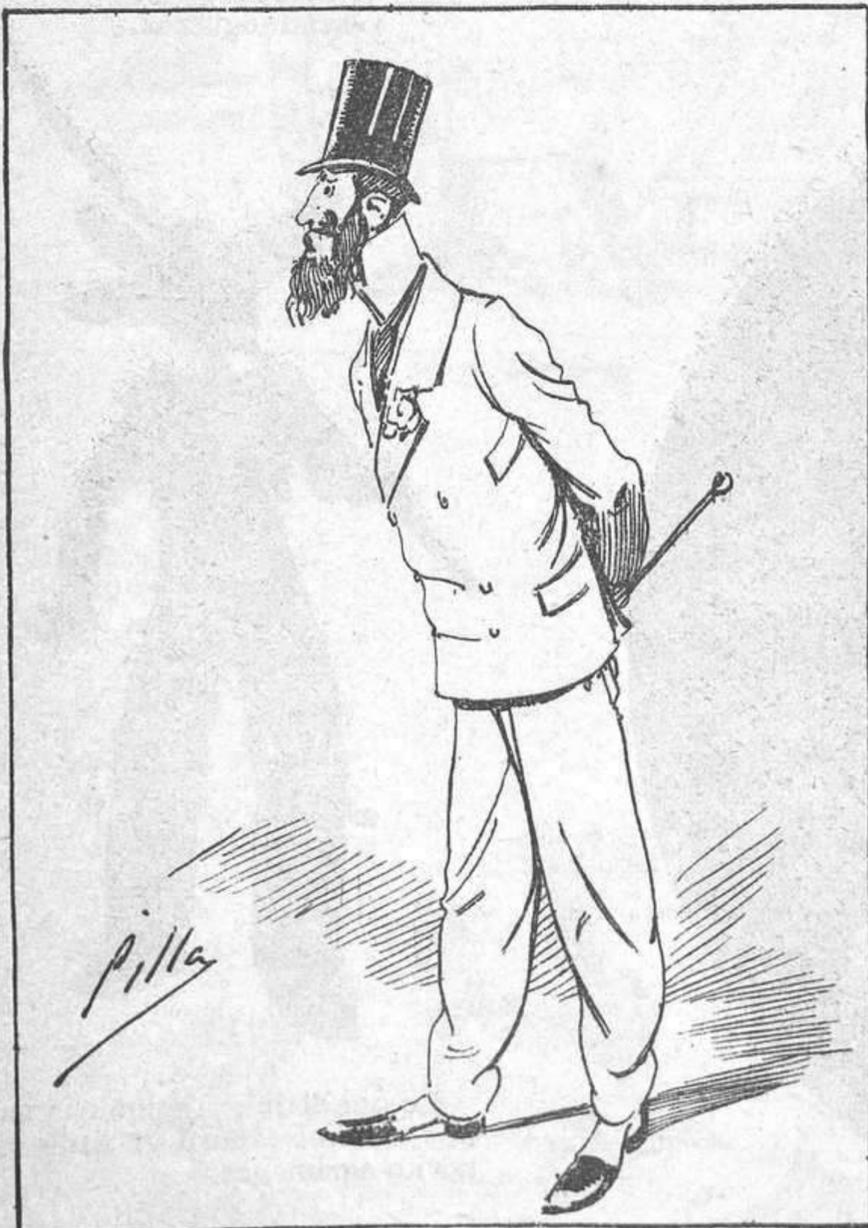
LOS TENORIOS



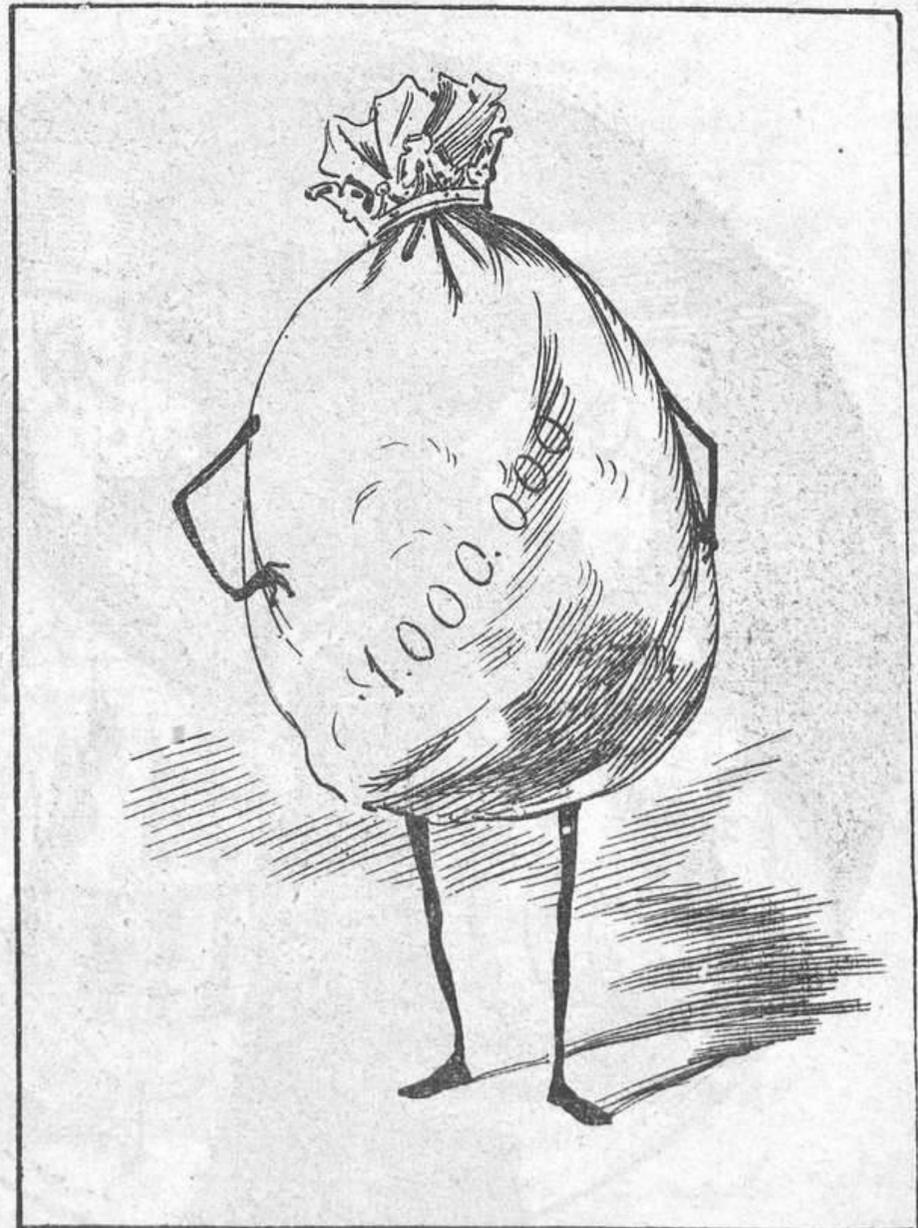
El de las criadas.



El de las chicas del bronce.



El de la puerta de las Calatravas.



El universal.

que registraba á mi vez los bolsillos y dije, aparentando sorpresa:—¡Calle! También á mí me lo han robado.

—Pues saca uno del baul—replicó Eudora.

—El caso es que...—me atreví á decir.

—Concluye.

—¡Yo no gasto pañuelo!

Entonces estalló la mina. Eudora retrocedió asombrada; después, cogiéndose del brazo de D. Aquilino, se dirigió á la puerta diciendo:

—Adiós para siempre, *tío* ordinario.

—¡Eudora!...—exclamé con acento suplicante.

—¡Todo ha concluído!

El padre me dirigió una mirada de profundo desprecio.

—Guárdese V. sus mosquitos, ¡so pelele!—gritó furioso.

Yo me quedé anonadado. Había consumido toda mi fortuna en la adquisición de ropa blanca. Me hallaba, pues, arruinado y sin novia; y hoy vivo exclusivamente con el producto de las mantelerías y las piezas de lienzo que voy poco á poco despachando entre los amigos. El día que venda mi última toalla, no cuenten ustedes conmigo, porque pienso tirarme por el viaducto. ¡Todo esto me ha sucedido por no tener pañuelo!

Y D. Mauregato, al hablar así, se enjugaba el sudor con el ala del sombrero.

LUIS TABOADA.

COMUNICACIONES

I

Señorita: Usted no ignora la pasión que me ha inspirado, y que el pecho me devora desde el miércoles pasado, en que la llevó á paseo por la calle de Alcalá, un señor bastante feo que sería su papá.

Entonces la conocí, y fué tanta mi emoción, que del gusto que sentí me dió un vuelco el corazón.

Yo la seguí á V. impaciente por contemplar su semblante, atropellando á la gente que tenía por delante;

tanto, que un municipal al sentir que le pisé, fué y me dijo:—¡Qué animal!

¡Con que figúrese V!

¡Pero todo lo sufrí por conquistarme su amor! ¡Llamarme animal, á mí, y un municipal!... ¡Qué horror!

Ello es que seguí el paseo, aunque á disgusto quizá de aquel caballero feo que sería su papá;

y digo que era á disgusto, porque debe de tener un carácter muy adusto, según pude comprender.

Ayer la ví á V. en misa y, al empezar el sermón, noté en V. una sonrisa de dulce satisfacción.

¡Se vió claro su deseo! ¡Es que me quiere V. ya, aunque se oponga ese feo que, de fijo, es su papá!

Y como estoy decidido y yo soy un caballero, voy á hablar como es debido y á decirle que la quiero.

Para hacer lo que le digo sólo espero su opinión. De V. afectísimo amigo que sus pies besa.—RAMÓN.

II

Caballero: He recibido la carta que me ha mandado, y al pronto me ha sorprendido lo que después me he explicado.

Usted hará lo que debe ya que esa pasión le abrasa. ¡Háblele V., si se atreve... y veremos lo que pasa!

III

Señora: Usted me ha engañado á juzgar por lo que veo.

Esta tarde le he hablado al señor ese, tan feo,

pero no nos entendimos porque se puso furioso.

¡Como que ahora salimos con que dice que es su esposo!

Me cogió por ambos brazos con la furia de un león, y me dió de bastonazos hasta que rompió el bastón.

¡Caramba! ¡Si me valiera lo mataba con más gana!...

¡Me ha deshecho la chistera!...

¡Me ha roto la americana!...

¡Lo estoy viendo y no lo creo! Mas ya que fuí sorprendido, ¡conste, que le llamo feo aunque sea su marido!

FIACRO YRÁYZOZ.

¡La disciplina!

D.^a Juana Ramírez
 Flores García,
 viuda de un comandante
 de infantería,
 en el café del Siglo
 las noches pasa,
 y allí la consideran
 como de casa.
 Lleva siempre un galguito
 muy zalamero
 que le roba el azúcar
 al camarero;
 pero éste lo tolera
 de buena gana,
 por tratarse del perro
 de D.^a Juana.
 La conocen de sobra
 los echadores
 y forman su tertulia
 varios señores;
 personas todas ellas
 muy regulares,
 porque sólo se trata
 de militares.
 A ella le dicen todos
mi comandanta,
 cosa que no le gusta,
 pero la aguanta;
 y por la misma fuerza
 del consonante,
 al galguito le llaman
¡mi comandante!
 Va también a su mesa
 cierto teniente
 que mira a D.^a Juana
 muy fijamente;
 porque debo advertiros
 que D.^a Juana,
 á pesar de sus años
 es muy *barbiana*.
 En vista de que el chico
 tanto la mira
 y de que algunas veces
 hasta suspira,
 D.^a Juana, sin duda
 se va ablandando,
 porque también suspira
 de cuando en cuando:

La otra noche le dijo
 no sé qué cosa,
 que la puso en seguida
 muy ruborosa,
 y escuché esta respuesta
 de D.^a Juana:
 —Le espero á V. el domingo
 por la mañana.

En un cuarto tercero,
 con dos balcones,
 del 7, de la calle
 de los Leones,
 vive desde hace tiempo
 nuestra heroína,
 con una cocinera
 que es vizcaína;
 y allá marchó anhelante
 muy tempranito,
 el bueno del teniente,
 como un bendito.
 Subió de cuatro en cuatro
 los escalones,
 demostrando la fuerza
 de sus pulmones,
 y al llegar al tercero,
 todo rendido,
 llamó... y le contestaron
 con un ladrido.
 Y ladraba el perrito
 tan fuertemente,
 que por más que le abrieron
 no entró el teniente.
 Jamás á una persona
 ladróle el galgo;
 pero entonces lo hacía
 y era por algo;
 y al ver que á D.^a Juana
 le era imposible
 contener á un celoso
 tan insufrible,
 cuadrándose el teniente
 dijo al instante:
*¿Me lo permite usía,
 mi comandante?*

FÉLIX LIMENDOUX.



A todos los Sres. Corresponsales que, sin embargo de haberles mandado las liquidaciones, no han satisfecho sus cuentas correspondientes al mes de Abril, les suspenderemos el envío desde el número próximo.

Rogamos, por lo tanto, á los lectores que deseen seguir recibiendo EL CASCABEL, que se sirvan entenderse con esta Administración si no lo ven puesto á la venta en la población donde residan.

* *

Recortes del panegirico que una SEÑORA *casta é pura* hizo de la princesa Rattazzi, al dejar de servirla:

«Mira á la dueña de mi corazón. En sus ojos hallarás zafiros, rubíes en sus labios, perlas en sus dientes, ópalos en sus uñas...»

Luego *es falso* lo que expuso Coloma, al indicar que las *altas damas* fuman puro. Visto lo que escribe Carlota á la dueña de su corazón (¡!) creemos firmemente que los puros no entrarán en el tocador de la princesa.

Porque el humo del tabaco no deja los dientes como perlas.

* *

Telegrafía un corresponsal de *El Imparcial* que «el incidente ocurrido entre el gobernador de Castellón, *correcto* CABALLERO, y un periodista *inexperto*...»

Estos corresponsales se exceden dando explicaciones.

Con decir que el supradicho gobernador LLAMÓ á su DESPACHO al periodista y que allí lo abofeteó, basta para que el público reconozca la hidalguía *derrochada*.

«¡A la lid, nacionales valientes!»

(*Música de los Ratas.*)

* *

Leemos:

«A la llegada á Madrid del tren especial que conducía á la comisión del Mensaje, un piquete con bandera y música esperaba en la estación, donde se tocó la marcha real.»

Ya recordarán Vds. que á *Cacheta* también se la tocaron en cierta ocasión, y por *ende* este segundo toque envuelve una ofensa gravísima.

Pero no para *Cacheta*, ¿eh?

* * *

Recorte de un diario:

«Después de acordar que la procesión del *Corpus* se celebre este año con igual solemnidad (¿?) que en los anteriores, quedó aprobada la subasta de chapas destinadas á los carros de transporte.»

Nunca vimos la solemnidad de la procesión del *Corpus* y *holgámonos* de que este año la tenga, gracias á la iniciativa del Ayuntamiento.

Es muy *fin de siècle*, eso de que la comitiva vaya en carros.

¡Y con chapas!

* *

«En la pradera dos individuos *completamente embriagados* hirieron á un portugués. Los agresores no pudieron ser detenidos.»

Lo cual demostrará á los portugueses que los guardias estaban más embriagados aún que los agresores.

Y como en Portugal no supondrán á *los del orden* españoles, poseídos siempre de dulce *saudade*, ya les habrán dado nombre:

O terror das bodegas.



Sr. D. G. D.—Madrid.—Mire V.: esos *golpes* de filosofía han de estar muy bien escritos para que *vean la luz* en un semanario festivo.

Tomasito.—Las dos tienen asuntos vulgares como ellos solos.

Un novel poeta.—¡Vuelta á las poesías amorosas!

¡Pero, Señor! ¿en qué cabeza cabe que sean publicables ciertas cosas?

Sr. D. R. S.—Vigo.—¡Indecoroso!

Sr. D. A. C. D.—Madrid.—Lo siento, pero no es buena, aunque V: crea que sí.

K. R. T.—En verdad, en verdad te digo, que los artículos *medianos* no son de mi reino.

Sr. D. J. A. V.—Madrid.—¿No le parece á V. que es algo conocida esa idea?

Sr. D. J. M. A.—Madrid.—Le complaceré en cuanto sea posible.

Pirindola.—Sirve, con enmienda. Creo que sí, cuidando más el estilo, huyendo de los ripios y no forzando los versos por elegir previamente los consonantes.

Fecos Lisme.—Eso es de Narciso Serra. Y le advierto que como alguna vez logre V. darme *un timo*, le voy á decir cosas muy feas.

Perfil.—«Mi amigo Cortina

es un chico que se aplica y estudia mucha doctrina de economía política.

Tú, niño, sigue estudiando, que con tu gran aplicación y con el tiempo, andando, alcanzarás mucha gloria y honor.»

Si es broma, puede pasar.

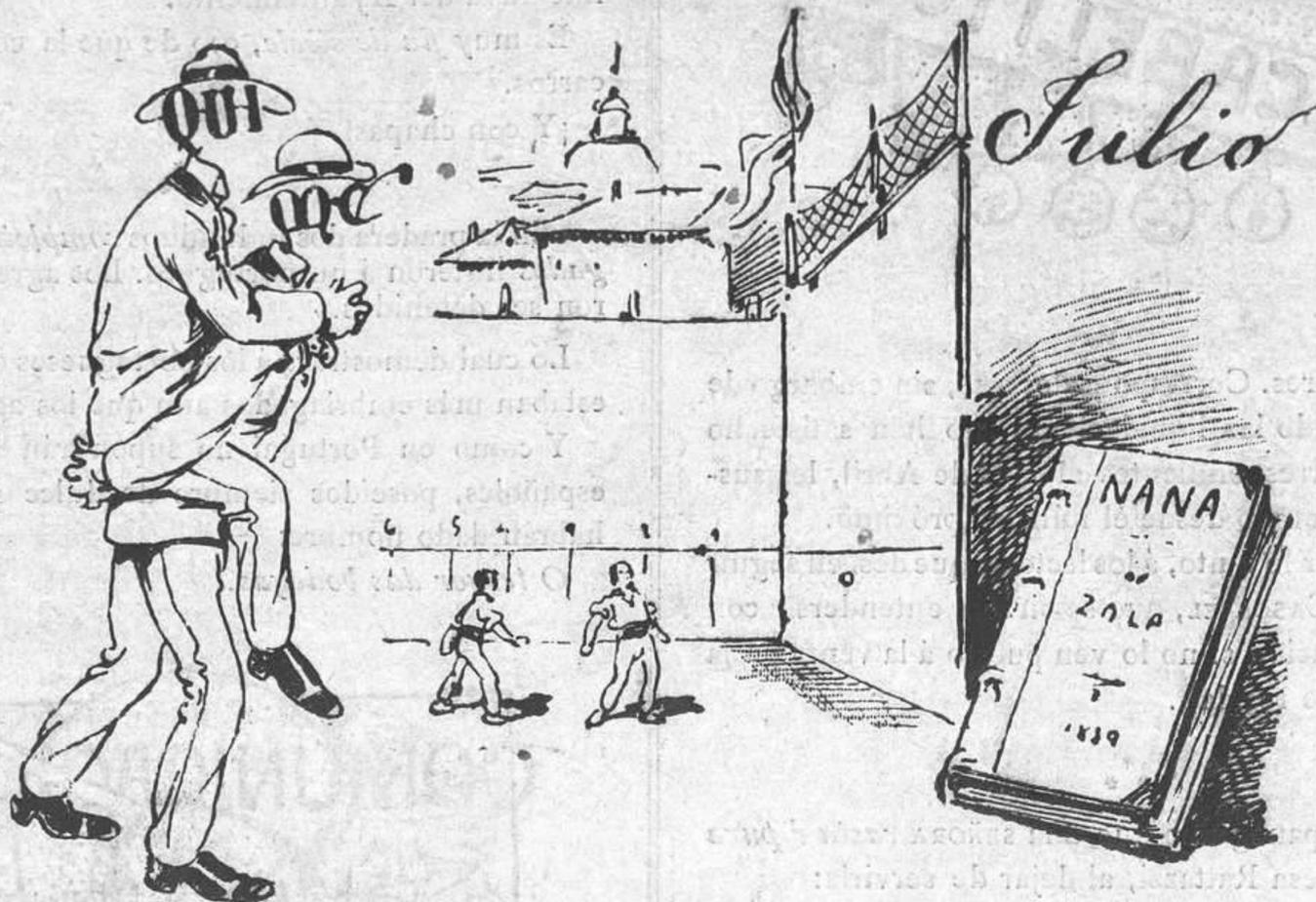
Benjamin.—Poco asunto y muy afectada la forma.

Un plomizo.—Idem id. id.—No quise decir «la misma, mejor desarrollada», sino «otra composición».

P. P. T.—Bueno, todo lo que V. quiera, menos asegurar que eso es una silva.

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores de la Real Casa, calle de San Isidro, 6 duplicado.—Teléfono 260.

JEROGLÍFICO



La solución, en el número próximo.

ANUNCIOS

EL CASABEL

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado e ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

Precios de suscripción en toda España: Trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.

Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 10.

Precios de venta: Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.

A vendedores y corresponsales, 6 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

A los señores corresponsales se envían las liquidaciones á fin de mes ó de trimestre, según la cuantía, y se suspende el paquete á los que no paguen antes del día 10 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Isidro, 6 dup.^o

(Teléfono 260.)

Horas de oficina: todos los días de 10 á 5.

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN

LIBRERÍA DE DON FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2.

EL ÁGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS

3 — Preciados — 3

PONCHE ANGELICAL

Pídense en todos los cafés y tiendas de ultramarinos.

Depósito: Preciados, 8.

CAFÉS, TÉS, TAPIOCA

DE

MATÍAS LÓPEZ

MADRID-ESCORIAL

Exigir la verdadera marca.

DE BALDE

casi, realizamos un inmenso surtido de camas inglesas y del país, y los tan renombrados colchones de muelles que hace esta casa.

!!!Novias, aprovecharse, que ahora es la ocasión!!!

Plaza de la Cebada, 1.

FÁBRICA DE ESPEJOS

L. GOYA

20 — Montera — 20

CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS

8—ARENAL—8

(Teléfono núm. 283.)

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antiherpética, antisifilítica y muy reconstituyente.

PREMIADA SIEMPRE LA PRIMERA

DEPÓSITO CENTRAL

Jardines, 15, bajo derecha.

A. VALLEJO

Muebles, tapicería, colgaduras, despachos, comedores alcobas, recibimientos.

SE HA TRASLADADO

ALCALÁ, 29

próximo á las Calatravas

(Teléfono 911)